

tonio y otro delante de Moira, prontos á trepar á la sierra: tomaba la artillería posición sobre algunas lomas enfrente del enemigo; y la caballería y el octavo cuerpo estaban sobre el llano en batalla con el fin de recoger el ejército si era repelido. Su puesto ocupó en el centro de la línea Massena sobre una alta cima, desde donde estaba expuesto al fuego de toda la artillería contraria, y aun así apenas podía divisar los dos puntos de ataque; tanto el país, de perfecta claridad para los ingleses, era difícil y obscuro para nosotros.

Desde la alborada entró Reynier en acción antes que otro alguno, conforme lo había prometido. A la cabeza marchaba la división Merle, guiada por el capitán Charlet, que en medio de los mayores peligros hizo la víspera un esmerado reconocimiento de aquellos lugares; detrás seguía la brigada de Foy de la división Heudelet. Una espesa niebla envolvía nuestras dos columnas.

Después de seguir algún tiempo el camino de San Antonio de Cántaro, que en forma de rampas iba y venía por la ladera de la montaña, se lanza la división de Merle á la derecha y se esfuerza en subirla por entre los árboles y la maleza de que está cubierta. Conducido el 2.º de ligeros y el 36 de línea por el general Sarrut y el 4.º de ligeros por el general Graindorge, trepan afanosamente agarrándose á los arbustos que coronan aquellas cumbres, mientras por el camino continúan marchando en columna el 31 de ligeros de la división de Heudelet y detrás de éste el 17 de ligeros y el 70 de línea de la división misma, formando la brigada de Foy.

Al cabo de una hora de afanes, la división de Merle, protegida por la niebla algún tiempo, llega á la cima jadeando y muy fatigada. No bien asoma al borde de la meseta, se lanza sobre el 8.º portugués, al cual arrolla y arrebató su artillería. Pero allí está la división de Leith, á otro por una fuerte batería y por la división de Spéncer, que acude al peligro desde la posición intermedia que ocupa. Apenas la división de Merle trata de desplegarse, es recibida de flanco por la metralla de la artillería situada á su derecha, y de frente por la fusilería de la división de Picton haciendo fuego á quince pasos. Bajo estas mortíferas descargas, el general Merle, el coronel Merle del 2.º de ligeros, el general Graindorge que marchaba á la cabeza del 4.º y el coronel de este mismo regimiento, Desgraviers, caen mortalmente heridos, y lo son igualmente gran número de oficiales subalternos y de soldados. Viendo Picton el éxito de sus fuegos y estando apoyado á derecha é izquierda, avanza con los regimientos 88, 45 y con el 8.º portugués ya rehecho, y carga á la bayoneta á nuestras tropas sofocadas aún de su penosa trepada, privadas de casi todos sus jefes, y las obliga á replegarse á la extremidad de la meseta. En este mismo instante, precediendo á la brigada de Foy, desemboca el 31 de la división de Heudelet por el camino á la derecha de la división de Merle; pero asaltado antes de que pueda formarse, por la metralla y la fusilería, privado de su coronel Desmeuniers, es arrollado hasta el desemboque del camino.

Nuestros soldados, tan inteligentes como valerosos y poseídos de bética firmeza, lejos de dejarse precipitar de la posición de arriba abajo, se detienen en el nacimiento del escarpe, y desde cuantos puntos pueden ocupar hacen un fuego de tiradores mortífero para el

enemigo. Así dan tiempo á que la división de Foy llegue. Después de seguir el camino real asoma al fin sobre la meseta, acompañándole el regimiento 31 á quien ha rehecho, teniendo á derecha é izquierda los restos de la división de Merle, allegados por el general Sarrut. Mas entonces lord Wellington, que ha dirigido la división de Leith sobre nuestra izquierda y la división de Spéncer sobre nuestra derecha, con todas sus reservas de artillería, lanza á la pelea más de quince mil hombres, muy descansados y perfectamente establecidos sobre un terreno sólido, contra nuestros soldados, en número de siete ú ocho mil, agobiados de fatiga, pudiendo apenas hacer pie firme al borde de un precipicio y totalmente desprovistos de artillería.

Después de acribillarlos á metralla, lord Wellington hace que les ataque á la bayoneta la masa entera de sus infantes. Acometidos así nuestros soldados por dos fuegos espantosos, empujados hacia un terreno en declive por dobles fuerzas, son arrolladas inevitablemente, y se retiran llevando en sus brazos, además de los ya citados jefes, al general Foy gravemente herido. Reynier, que seguía el ataque, contaba aún á su disposición el resto de la división de Heudelet; pero teniendo ya dos mil quinientos hombres fuera de combate, recelaba debilitarse demasiado por consecuencia de una obstinación imprudente, la cual además no tenía probabilidades de buen suceso sino cuando Ney atrajera hacia sus tropas á parte de las de los ingleses.

Efectivamente, durante este tiempo el mariscal Ney había entrado en línea, un poco tarde por desgracia, lo cual se explica por la distancia que hubo de cruzar estando la aldea de Moira, su punto de partida, más lejos que la de San Antonio, desde donde Reynier se puso en marcha. No eran menores las dificultades por aquel lado, pues formando la sierra hacia nuestra derecha una curva para unirse á la de Caramula, había que aguantar para treparla una formidable convergencia de fuegos. Trazado el camino sobre la cresta de una loma, iba á desembocar en el parque de la cartuja de Busaco, que estaba cubierto con derribos y ocupado por toda la masa de las tropas portuguesas. Delante iba la división de Loissón, seguida á alguna distancia por la división de Marchand en columna cerrada y formando la división del general Mermet la reserva.

Tras de un fuego de guerrillas bastante vivo, en el cual teníamos la ventaja de la inteligencia y la desventaja del terreno, el mariscal Ney lanza contra la posición sus tropas. Loissón se aparta del camino con sus dos brigadas, y procura escalar el flanco de la montaña, ínterin Marchand prosigue avanzando por la carretera. A este flanco de la montaña se halla como adherida la aldea de Sul, edificada á media ladera á lo largo de una rampa. Sobre ella se precipita osadamente el general Simón á la cabeza del 16 de línea y de la legión del Mediodía. De allí desaloja á los portugueses, les coge cañones y forma un punto de apoyo para ensayar la subida á la cumbre de la montaña. Algo á la derecha de la brigada de Simón y junto al mismo escarpe, la brigada de Ferrey, compuesta del 32 de ligeros, del 66 y del 82 de línea, trepa dificultosamente la altura, sin el obstáculo de la aldea de Sul, mas también sin su apoyo. A fuerza de constancia y de tesón, asiéndose á cada roca y á cada arbusto, y á pesar del mortífero

fuego de los portugueses, llegan las dos brigadas á la cumbre, cuando de repente la artillería de Crawford les cubre de metralla casi á boca de jarro. Entonces mismo este general manda calar bayoneta á la división ligera y á la brigada portuguesa de Colman, y arrolla nuestros regimientos antes de que puedan formarse y oponer alguna resistencia. Se detiene la brigada de Simón en la aldea de Sul, después de haber perdido á su general, que, herido, queda en poder del contrario. No hallando la brigada de Ferrey dónde hacer pie firme, es repelida hasta la falta de la montaña. En este momento la división de Marchand, siguiendo el camino y llegando al punto en que lo hubo dejado la división de Loissón para apoderarse de la aldea de Sul, se ve colocada en el centro de un semicírculo de fuegos que parte de todas las alturas. Víctima por su derecha de una granizada de balas de las tropas inglesas y portuguesas del general Crawford, en vez de lanzarse á paso de carga sobre la cartuja de Busaco, vacila, y tirándose hacia la izquierda del camino, llega á abrigarse detrás de un escarpe casi á pico. Recibiendo allí por encima de la cabeza algunos fuegos de la división de Spéncer que vuelve de batir á Reynier, y de flanco todos los fuegos de la división de Crawford, que ha querido evitar, se encuentra en un atolladero, pues ni puede trepar el escarpe detrás del cual se ha guarecido, ni tornar á la carretera que ha abandonado y donde le aguardan miles de proyectiles. Ya de consiguiente es pasado para esta división el instante de apoderarse de la cartuja de Busaco en vigorosa acometida. Habiendo perdido el mariscal Ney dos mil hombres, entre ellos muchos generales y coroneles, discurre como Reynier y aplaza para una nueva tentativa de éste el esfuerzo desesperado que hubiera de decidirlo todo.

Desgraciadamente era ya demasiado tarde para acometer de nuevo con tropas abrumadas de fatiga y procurar vencer á un enemigo victorioso y ya más confiado en su posición y en sus fuerzas. Massena, que mandando una simple división hubiera probablemente renovado el ataque y triunfado quizá de todos los obstáculos por su tesón sin par, como general en jefe, juzgó que era muy sobrado haber ya perdido cuatro mil quinientos hombres entre muertos y heridos, en una tentativa infructuosa, y sin que desesperara de desalojar de allí á los ingleses, determinó procurarlo de otra manera. En torno suyo congregó á sus lugartenientes, á los cuales podía dirigir más de una observación sobre aquella jornada. Reynier cumplió su palabra é hizo cuanto pudo: pero Ney atacó tarde, y ciertamente no se mostró tan osado como en Elchingen. Con efecto, si mientras el general Loissón escalaba la montaña, hubiera soltado la división de Marchand contra el parque de la cartuja, haciéndole apoyar por su tercera división que era inútil dejar en reserva, dado que Junot formaba la del ejército todo, quizá ganara el triunfo, y forzando una de las avenidas ayudara á Reynier á forzar la otra. No les dirigió Massena reconvencción alguna, y oyóles con la imperturbable sangre fría que conservaba en las más difíciles situaciones. Reynier expuso su conducta y era intachable: Ney manifiesta que había obrado como mejor le había parecido, y critica de nuevo una expedición intentada sin medios suficientes; que habían obrado mal en no decir la verdad al emperador.

Dice claramente que lo más prudente sería retrogradar y esperar entre Almeida y Ciudad Rodrigo nuevas fuerzas. Massena no se excusa del resultado de la jornada acusando á sus subtenientes, ni manifiesta su pena con inútiles discursos sobre lo que podían haber hecho; género de quejas en que las almas débiles buscan un consuelo: se contenta con rechazar con altanería toda idea de retrogradar; mas después da órdenes á sus subtenientes de reunir sus tropas al pie de la sierra, de recoger los heridos y estar dispuestos á marchar, se retira después para combinar sus planes; en semejantes casos se conocía esta alma fuerte. Massena dijo que los ingleses debían haber sufrido grandes pérdidas y que no se atreverían á bajar al llano, donde encontrarían además de nuestra infantería siempre dispuesta, nuestra caballería y nuestra artillería. Hasta entonces no les había atacado en la altura de la sierra, y veía claramente, que aunque victoriosos los ingleses temían un nuevo ataque y no se atrevían á abandonar su posición. Piensa todavía que ciertamente debía haber alguna salida, sobre todo hacia la derecha, sobre los altos y bajos por los cuales la sierra de Alcoba se unía á la sierra de Caramula, que habían creído con ligereza las primeras indicaciones de los aldeanos, que no era posible que á la derecha allí donde el terreno era más fácil los habitantes no tuviesen comunicación. Manda al general Montbrún y un oficial de grande mérito, el coronel Sainte-Croix, reconocer con los dragones hacia la derecha del ejército, para emplear la noche en buscar una comunicación. En cuanto á la izquierda no procuraba pasar por este lado, porque hubiera sido necesario atravesar el Mondego delante de los ingleses, sin saber si encontrarían vados, y coger posiciones tan difíciles como las de Busaco. Sus medidas tomadas, esperó con paciencia el resultado de las averiguaciones mandadas.

Montbrún y Sainte-Croix corrieron hasta las lomas menos elevadas que unen las dos sierras, se engolfaron por sus sinuosidades, y con aquella sagacidad que desarrolla el hábito de la guerra descubrieron un camino ni mejor ni peor que los demás de Portugal y practicable para la artillería. Se trataba de averiguar hasta dónde les conduciría. Llegados casi á la cresta de aquellas cumbres á un punto desde donde se podía divisar el llano de Coímbra y el camino real de Lisboa, tropezaron con un paisano, quien les informó de que aquel camino se extendía hasta la llanura é iba á juntarse á la carretera de Coímbra cerca de un lugar llamado Sardao. A la sazón estaban en una aldea nombrada Boyalba, algo situada al otro lado de la sierra, y que no había pensado en ocupar el brigadier Trent. Allí dejaron Montbrún y Sainte-Croix un regimiento de dragones con artillería; escalonaron otros tres á la espalda, ordenándoles defender la aldea de Boyalba á toda costa; después bajaron al galope hasta Sardao para asegurarse de que no les había engañado el paisano; reconocieron la exactitud de sus informes y tornaron á toda prisa para llevar á Massena la nueva de su feliz descubrimiento.

Massena la recibió al día siguiente de la batalla, esto es, el 28 á mediodía. Contenidos los ingleses ante el ejército francés, cuidadosos de lo que intentarían, no se habían movido, y casi parecían tan paralizados como si no hubieran salido triunfantes. Sin pérdida de tiempo



ordenó Massena á Junot, cuyo cuerpo se hallaba intacto y más próximo que los demás al camino de Boyalba, que levantara en silencio el campo á la caída de la tarde; que guiado por los dragones de Montbrún, se dirigiera al camino recién hallado, y que ocupara la llanura que se extendía á la otra parte. A Ney mandó que siguiera á Junot; á la columna de bagajes cargada con tres mil heridos, pero descargada de los víveres ya gastados, que siguiera á Ney, y á Reynier que cerrara la marcha con su cuerpo. La mitad de los dragones que no acompañaron á Montbrún á Boyalba debía formar la extrema retaguardia.

Con efecto, en la noche del 28, cuando la obscuridad era completa, se levantó el campo sin ruido. Junot, por la posición de su cuerpo, estaba muy próximo al camino de Boyalba, y marchando toda la noche llegó sin tropiezo á la aldea, en donde encontró á los dragones, á quienes no había pensado en inquietar el enemigo, y al amanecer del 29 bajó á la llanura de Coímbra, que figuraba entonces como una tierra de promisión, aun cuando fuera tan árida y pobre como era fértil y rica. Ney experimentó algún trabajo en seguir á Junot, porque no observando los bagajes y los heridos el orden prescrito de marcha, por miedo de quedarse detrás, interrumpían á cada paso el desfile de las columnas. Sin embargo, el 29 todo el cuerpo de Ney pasó más allá de Boyalba, y aquel día se empeñó Reynier en el mismo camino, sin que le persiguiera un solo piquete de ingleses. Paso á paso consiguieron nuestros dragones llevar adelante los bagajes y los heridos sin que se perdiera uno solo.

Cuando el general inglés descubrió en fin el movimiento de nuestras tropas fué el 29 por la noche. Dos días estuvo inmóvil en su posición, echando cuentas sobre el designio de su adversario y sin ocurrirsele indagarlo por reconocimientos bien dirigidos. No lo adivinó sino cuando los cascos de los dragones fulguraron sobre la llanura de Coímbra. Vencedor el 27 por la tarde, se hallaba el 29, por decirlo así, vencido, y mientras se celebraba en Coímbra con iluminaciones la pretendida victoria de Busaco, hubo que prepararse á huir de aquella ciudad infortunada, destruyendo cuanto no se podía salvar. Así fué que Wéllington levantó el campo sin tardanza y cruzó presurosamente por Coímbra, obligando á los habitantes á desamparar la ciudad y á destruir cuanto no pudieran llevar consigo. Persiguiendo Montbrún y Sainte Croix á todo trance á los ingleses y portugueses, que custodiaban los bagajes, acuchillaron á algunos de ellos.

Tal fué el primer encuentro del ejército francés con el ejército inglés bajo las órdenes de Massena. A menudo se ha censurado á este mariscal, y con fundamento hasta cierto punto, por haber dado batalla sin probabilidad suficiente de victoria y haber así comprometido estérilmente la vida de muchos soldados. Pero se echa mucho en olvido que, á no ser por el combate mortífero de Busaco, que retuvo intimidados en su posición á los ingleses, no hubiera podido Massena ejecutar sosegadamente el movimiento de flanco sobre Boyalba, por cuyo medio hizo caer la posición de su contrario. Sin duda fuera preferible reconocer el camino de la derecha sin aguardar á que un descalabro obligara á hallarlo á toda costa; buscarlo antes, ya que el simple

aspecto del terreno indicaba su existencia, y ya encontrado, no hacer más que una demostración contra Busaco para engañar á los ingleses, mientras el grueso del ejército desfilara sobre el Boyalba. Así se consiguiera ocupar á lord Wéllington sin grande efusión de sangre, tomarle la delantera en la llanura de Coímbra, y volverle á atacar allí en terreno descubierto y donde estaban todas las probabilidades por los franceses. Mas para ser justos hay que guardarse de estos fallos fundados en circunstancias averiguadas con posterioridad al suceso, y que el general, cuya conducta se avalora, no conocía ni podía conocer fácilmente. Sea como quiera, si Massena no consiguió el objeto que se propuso el día de la batalla, alcanzó al siguiente; y á decir verdad, el general inglés cayó en grave falta, porque establecido de tiempo atrás sobre aquel terreno, rodeado de todos los informes sobre el país en que operaba, situado sobre alturas desde las cuales se descubría la comarca entera, sorprende que á la sola vista del terreno y de la posición de las aldeas no comprendiera que necesariamente habían de existir comunicaciones entre el valle del Mondego y la llanura de Coímbra, por la parte más baja de las sierras de Alcoba y de Caramula. Y como en la guerra es frecuente experimentar el castigo de las faltas el mismo día, en pocas horas perdió el fruto de sus juiciosas providencias, y vióse obligado á abandonar Portugal hasta Lisboa, pero hasta Lisboa tan sólo, como se verá por lo que se ha de referir muy en breve.

Cuando los franceses entraron en Coímbra hallaron la mayor parte de la población fugada, y todos los habitantes ricos embarcados, con lo que tenían más precioso, en bajeles, cuyos cables se cortaban para descender al mar por el Mondego. Casi todas las casas habían sido devastadas por los ingleses, no por los habitantes, que no tenían el menor deseo de destruir sus haciendas por reducir al hambre á los franceses. Deseando Massena hacerles ver cuán errados andaban en seguir el consejo de lord Wéllington, hubiera querido no destruirles nada, para convencerles de que, conservando sus ciudades, las conservaban más para ellos que para los franceses.

De consiguiente había mandado á todos los generales que las propiedades fuesen respetadas: pero era difícil imponer la disciplina á soldados hambrientos y acotumbrados á ver á los portugueses arruinar sus mismas viviendas. Entrando en casas medio vacías, ya saqueadas, hallando los granos esparcidos, las cubas destapadas, no escrupulizaban acabar un destrozo comenzado por los mismos dueños ó sus aliados. Además hay que repetir que tenían hambre, y que habiendo tirado muchos su carga de galleta con la esperanza de vivir sobre el país, trataban de realizarla á costa de los lugares donde estuvieran aunque de paso. Muy bien hubieran podido vivir en Coímbra, por ser ciudad de harta importancia para que en algunas horas hubieran podido destruir ó llevarse cuanto contenía los ingleses. Con efecto, en casas y almacenes había subsistencias. Por desgracia Junot cometió el yerro de no dedicarse á reprimir tales desórdenes de lleno, y los almacenes fueron inútilmente desperdiciados. Ni se conservaron mejor otros, formados por los ingleses en Montemar junto al bajo Mondego. Allí fueron enviados los dragones de Montbrún, pero la falta de medios de transporte no permitió que se utili-

zaran debidamente; se consumió de ellos lo que se pudo y lo demás fué destruido.

Conociendo Massena que, usando precauciones se podrían hallar en Portugal comestibles y sobre todo interesar á los portugueses en conservarlos, reprimió con ardor á sus lugartenientes, y á Junot más que á nadie, con cuya repreñión no les predispuso en favor suyo. Con todo trató de atajar el estrago, de tranquilizar á los habitantes y de atraerlos á Coímbra. Y á la verdad logró convencer á algunos y hacer que regresaran á sus hogares abandonados.

Tras de poner algún orden en la ciudad, pensó en confiarla un depósito muy precioso, el de sus heridos recogidos en el campo de batalla de Busaco, los cuales ascendían como á tres mil y eran llevados por mulas y pollinos. Un hospital hizo prevenir espacioso, provisto de todo lo necesario, y colocó allí parte de los oficiales de sanidad del ejército y una guardia de unos cien marinos agregados á la expedición de Portugal, guardia bastante para afianzar la seguridad del hospital contra un desorden interior, mas no para defender la ciudad contra un ataque de fuera, dado que no se podía hacer cara á tal peligro con menos de tres mil hombres. Como había perdido Massena hasta cuatro mil en Busaco entre muertos y heridos, y cerca de mil desde Almeida, que enfermaron por el camino, le quedaron no más que cuarenta y cinco mil combatientes al llegar á Coímbra. Si hubiera tenido que privarse de otros tres mil, y de reducirse á cuarenta y dos mil contra los ingleses, que al aproximarse á Lisboa se iban á aumentar lo menos en una tercera parte y con los cuales se lisonjeaba de tener pronto un nuevo encuentro, fuera fiar mucho al acaso, y así quiso mejor apelar en favor de sus heridos á la fe de sus habitantes que exponerse á perder una batalla por insuficiencia de fuerzas.

Por tanto, juntó á los principales vecinos de Coímbra, les recomendó sus heridos, prometió galardonarles los cuidados que les dedicaran en los miramientos con que el país sería tratado, y amenazó á la ciudad con un terrible castigo si acontecía alguna desgracia á los soldados impotentes que fiaba á su humanidad. Terminadas estas providencias en el menos tiempo que pudo, es decir, en tres días, continuó Massena su camino hacia Lisboa. A las órdenes de Montbrún puso una nueva vanguardia, formada de toda la caballería ligera y de parte de los dragones, dejando además una retaguardia con el general Treilhard por jefe. Hizo que esta vanguardia, reforzada con alguna infantería ligera, picara vivamente la retaguardia de los ingleses, á fin de no consentirles tiempo de destruirlo todo en la retirada. Con efecto, al dejar á Coímbra para dirigirse á Condeixa, hallaron almacenes que salvar, no destruidos por los ingleses; bien que todavía Junot no impidió que fueran desperdiciados por sus tropas, lo cual le valió nuevas manifestaciones por parte del general en jefe. Se continuó en perseguir al enemigo por Pombal y Leiria.

Marchando de Norte á Sur hacia Lisboa, á lo largo de esta cordillera baja que, según se ha dicho, es prolongación de la Estrella, como la de la Estrella no es más que prolongación de la de Guadarrama, y que, declinando siempre, va á concluir dentro del mar y de la embocadura del Tajo, se podían seguir tres caminos: el camino del Tajo, que se gana cruzando la cordillera

desde las alturas entre Pombal y Thomar, y yendo luego al hilo de la corriente desde Abrantes á Santarem y desde Santarem á Lisboa; el camino del centro, trazado cerca de la cresta de las alturas por Pombal, Leiria, Mollano, Candieros, que desciende también á la orilla del Tajo por Alcoentre y Alenquer; y finalmente, el camino de la orilla del mar, que pasa por Alcobaza, Obidos y Torres-Vedras. Llegado á Pombal el caudillo inglés, desembarazóse del cuerpo de Hill, á quien fió lo que le servía de embarazo, dirigiéndole hacia Thomar, con órdenes de no perder instante en llegar al Tajo, embarcar allí sus más pesados equipajes y ampararse del río si le perseguían los franceses. Reiteróle el precepto de destruirlo todo, y con especialidad las barcas que hubieran podido servir para echar puentes sobre el Tajo. Con la parte más sólida de sus tropas tomó los otros dos caminos, yendo las divisiones de Leith y de Spéncer por el del centro, las divisiones de Cole y de Pícton por el del mar, y dándose cuanta prisa pudieron unas y otras para librarse de la viva persecución de nuestra vanguardia.

Ciertamente Montbrún, en unión del valiente Sainte-Croix, cuya capacidad y bravura corrían parejas, continuaba siempre encima de los ingleses, y todas las tardes acuchillábales algunos. A Leiria llegaron el 9 de octubre, estrechando al enemigo muy de cerca, bien que no bastante para salvar las provisiones que esta población contenía. Yendo el ejército á una jornada de distancia, presentóse allí al día siguiente. Dudoso Massena de la dirección tomada por los ingleses, pues se le divisaba á la vez por los tres caminos, había adoptado el del centro, por ser más corto, no el más malo, y porque, en caso de duda, se alejaba del enemigo lo menos posible.

Ya el día 8 la vanguardia, guiada siempre por Sainte-Croix, transpuso las alturas para descender al Tajo, tropezó de nuevo con los ingleses y les quitó algunos barriles de pólvora y galleta. A Alenquer se trasladó el 9, é hizo allí prisioneros cien hombres y dejó fuera de combate otros tantos. Un reconocimiento practicó sobre la importante ciudad de Santarem, que está detrás y junto al Tajo, y de donde se supo que el general Hill había partido el día antes, diciéndose que lo había destruido todo. A otro día, el 10, la vanguardia llegó á Villanova, que encontró bien abastecida de toda clase de provisiones y persiguió hasta la falda de las cumbres de Alhandra á las retaguardias de los generales Crawford é Hill, que desaparecieron detrás de trincheras de un aspecto imponente.

Todo el ejército se reunió sucesivamente el día 11 y fué á tomar posición delante de Alhandra y Sobral, enfrente de las obras ocupadas la víspera por los ingleses. Dondequiera que se fijara la vista descubriáanse cumbres coronadas de reductos; reductos se divisaban en la vertiente que va á rematar junto al Tajo, y pasando á la opuesta vertiente se distinguían hasta el mar de igual modo. Ya se había susurrado por el camino que los ingleses tenían construídas fortificaciones delante de Lisboa, aunque ignorándose de qué especie, y estabase muy lejos de suponer que nos atajaran el paso por largo tiempo. Los muy escasos habitantes, detenidos por los franceses, al llegar delante de Alhandra, Sobral y Torres-Vedras, hablaban de una primera línea de reductos armados con muchos cientos de cañones, después de otra



segunda línea bastante fuerte, que sería menester asaltar luego de poseída la primera, y por último, de otra tercera línea muy limitada, que cubría un puerto de embarque, donde toda la escuadra inglesa estaba pronta constantemente á recibir á lord Wéllington y sus soldados. Para los nuestros que llegaban llenos de ardimiento y de confianza, sin perder lo más mínimo de fuerza moral por lo de Busaco, y antes bien convencidos de su superioridad sobre los ingleses, clamando á grandes gritos que hicieran alto para medirse con ellos, y prodigándoles cuando se retiraban mil epítetos injuriosos, fué una desagradable sorpresa ver que el enemigo á quien perseguían se les escapaba de pronto y se encerraba en un asilo de tan formidable apariencia. Sin embargo, fiados en sí mismos, en Massena, en la reunión de fuerzas que no podían menos de operar delante de Lisboa, no miraron aquel obstáculo más que como una dificultad pasajera de la cual triunfarían en breve, derramando una sangre de que no eran avaros. «Ya venceremos á la postre, decían á una, como venceríamos en Busaco, si no hubiera cesado el ataque.» ¡Admirable espíritu el de este ejército, malamente sacrificado á una política desnuda de toda razón! Ahora conviene decir que el obstáculo de que se hablaba con tanta ligereza era harto más difícil de superar que lo que se suponía.

Tiempo es ya de dar á conocer estas famosas líneas de Torres Vedras, de las cuales indicamos antes la situación, el objeto y el nombre. Como ya se dijo, hacia el mes de octubre del año anterior fué cuando pensó Wéllington en asegurarse á la extremidad de la península una posición atrincherada, tan inexpugnable como fuera posible, para resistir desde ella á las fuerzas acumuladas de los franceses y esperar la decadencia del sistema imperial, cercano según su dictámen. Avanzando entre el Océano y las aguas esparcidas del Tajo, denominadas mar de la Paja, el promontorio formado por la extremidad baja de la Estrella, parecióle el lugar mejor adaptado á su proyecto. Por de pronto, hallándose algunas leguas delante de Lisboa las diversas líneas de las obras proyectadas para obstruir aquel promontorio y no pasando tampoco por Lisboa los caminos que enlazaban unas con otras, debía blasonar por completo de independiente de la población de aquella capital, la más numerosa de la península, la más agitada, queriendo ya una cosa, ya otra, y rara vez lo que el general inglés quería. Éste, habituado á las instituciones de su país, teniendo la singular cordura de amarlas, no obstante de que por resultas de ellas padecía á menudo, aborrecía las agitaciones populares con que la libertad comenzaba á despuntar en el continente. Hombre de seso, yendo implacablemente á su objeto, no vacilando nunca en inmolarse á sus planes los pueblos cuya independencia iba á defender, no se acomodaba á que un día se le obligara á dar batalla por poner término á los padecimientos inherentes á un bloqueo, ni que otro día un pueblo amotinado le estorbara llevar el ancla si la seguridad de su ejército le exigía que se embarcase. Por estas razones había querido ser independiente del pueblo de Lisboa y no tener siquiera que inquietarse por proporcionarle subsistencias, resuelto como estaba á alimentar primero á su ejército, después al ejército portugués del cual sacaba gran partido, y por

último á la población de paisanos que llevó detrás de su huella y le proporcionaba útiles operarios. Esta población, que excedía en número á los ejércitos inglés y portugués reunidos, á la cual había arruinado del todo y cuyos robustos y pacientes brazos le servían alternativamente para elevar ó abatir montañas, vino á ser objeto de sus bien calculados cuidados. En vez de dejarla acumulada en las calles de Lisboa, expuesta á la peste, al hambre, á las revueltas, tenía en sus líneas al aire libre, distraída por el trabajo, sustentada por la marina inglesa y ocupada cotidianamente en construir nuevas obras ante el paso de los franceses.

A nueve ó diez leguas delante de Lisboa, entre Alhandra á la margen del Tajo y Torres-Vedras hacia el Océano, pensó en levantar una primera línea de trincheras, que á doce leguas cuando menos de su remate en el mar debía cortar el promontorio. Esta primera línea se componía de las obras siguientes. A la vertiente del Tajo, cayendo por un lado aquellas alturas sobre sus márgenes á pico y remontándose hasta Sobral por el otro, formaban un espacio de cuatro ó cinco leguas de casi inaccesibles escarpas, bañadas en toda su extensión por el riachuelo de Arruda. Con barricadas armadas de cañones cortóse el camino entre la falda de estas alturas y el Tajo, por cuya orilla va hasta Lisboa. Desde allí y subiendo hasta Sobral se escarparon á mano de hombre todas las colinas ó ribazos que no ofrecían bastante difícil acceso. En las hondonadas de las torrenteras, que presentaban gargantas capaces de ser transpuestas no á mucha costa, se establecieron, bien reductos ó bien terraplenes, para cerrar todo el paso. Finalmente, en las más empinadas cumbres se construyeron fuertes armados con artillería de grueso calibre, flanqueándose unos á otros y dominando á lo lejos las avenidas por donde pudieran asomar los franceses. Una meseta había en el mismo Sobral, que formaba el punto de partida entre las dos vertientes, y el menor relieve de aquel terreno suplióse con obras de la mayor fuerza, y aun sobre una altura, que se denomina Monte Agraza, edificóse una verdadera ciudadela, de la cual no hubiera sido posible triunfar sino al cabo de un sitio en regla. Más allá empezaba la vertiente marítima por donde se extendía una nueva cadena de cumbres, prolongadas hasta el mar y bañadas por el Sizambro. Este riachuelo en sus recodos pasa por Torres-Vedras, de donde las líneas de que se trata recibieron su inmortal nombre. Allí como por la parte de Alhandra, ora se escarparon á pico las laderas de las alturas, ora se cerraron las gargantas con terraplenes ó reductos, se coronaron y enlazaron unas á otras las cumbres con fuertes, y sobre todo se hizo casi impracticable el curso del Sizambro, construyendo en su lecho presas que atajaban las aguas y mantenían en toda estación los pantanos.

Entre las obras de fortificación las menos estaban abiertas por la gola y las más cerradas. Todas tenían glacis de tierra, fosos, escarpas de piedra seca, almacenes de madera para los víveres y municiones. Habíalas con seis bocas de fuego, y las había con cincuenta desde el calibre de seis y de ocho hasta el de diez y seis y veinticuatro. Sobre cureñas de posición hallábanse todas montadas, de manera de no poder servir al enemigo en caso de movimiento retrógrado de una línea

á otra. Todo el rico arsenal de Lisboa se había vaciado para proporcionar aquella artillería, y todos los bueyes del país se habían empleado para transportarla á su puesto. Permanentes eran las guarniciones y á mil hombres ascendían algunas. Entre las diversas obras se practicaron fáciles y espaciosos caminos á fin de que pudieran llegar con extrema rapidez los refuerzos. Un sistema de señales tomado del de marina, pues el telégrafo estaba á la sazón en la infancia, podía comunicar en algunos minutos al centro de la línea la noticia exacta de lo que pasaba en las extremidades. A su misma entrada, es decir, frente por frente de Sobral, había un cuerpo de batalla preparado de antemano, adonde el ejército inglés pudiera acudir todo entero por la parte más accesible y juntar su fuerza propia á los mil fuegos de las obras circunvecinas. Naturalmente los portugueses fueron situados en las fortificaciones, y se les agregaron tres mil artilleros, también portugueses, muy instruídos en el ejercicio del cañón y buenos tiradores. Todo el ejército inglés y la parte del portugués más disponible y más selecta destinóse á los principales campamentos, hábilmente prevenidos en los supuestos punto de ataque. Todo se había preparado con el mayor esmero para que estuviese allí bien abrigado, bien alimentado y para que pudiera compartir el tiempo entre el descanso y las maniobras.

El general Hill, que al retirarse echó por la orilla del Tajo, tomó posición detrás de las alturas de Alhandra: entre este punto y la meseta de enfrente de Sobral establecióse el general Crawford: el general Picton, que siguió el camino del mar, fué á situarse junto á las márgenes del Sizambro y sobre las cumbres de la espalda hasta Torres-Vedras: el general Leith guardaba la entrada de este inmenso campo atrincherado, sosteniéndole las divisiones de Spéncer, Cole, Campbell, que operaron su retirada por el camino del centro y debían presentarse en masa si el enemigo intentaba asaltar las líneas por la parte menos escarpada.

Habiendo pedido lord Wéllington al marqués de la Romana que abandonara Badajoz, cuya defensa importaba menos que la de las líneas de Torres-Vedras, y que fuera á juntarsele en Lisboa, éste le llevó cerca de ocho mil españoles, excelentes para el papel defensivo á que se les destinaba. Por consiguiente Wéllington contaba á sus órdenes treinta mil ingleses, más de treinta mil portugueses y ocho mil españoles, setenta mil hombres en total de tropas regulares para defender estas posiciones; y además tenía milicias y una numerosa población de paisanos, cuya manutención costaba sin duda, pero que trabajaba sin cesar en nuevas construcciones de defensa.

Resta añadir que tres ó cuatro leguas detrás se desplegaba una segunda línea de obras, obstruyendo igualmente del Tajo al Océano el promontorio, en una longitud de siete á ocho leguas, dominada por las cimas de Mafra y Montachique, y accesible por un solo punto, el desfiladero de Buccellas, que se había transformado en un verdadero mal paso para todo el que allí se metiera. Por último, detrás de esta segunda y formidable línea, á la misma extremidad del promontorio, se encontraba un postrer abrigo, especie de reducto consistente en un semicírculo de montañas escarpadas y erizadas de cañones, inabordable por el lado de tierra, y ofre-

ciendo en su concavidad de cara al mar una recalada segura, donde toda la escuadra inglesa podía abrigarse. Suponiendo que las dos primeras líneas de obras fuesen tomadas, este último reducto se debía de mantener aún muchos días, es decir, el tiempo necesario para embarcar las tropas y librarlas de un enemigo victorioso.

Tal era el sistema colosal de líneas defensivas, digno de la nación que lo concibiera y del enemigo á cuyo poder se trataba de poner coto. Miles de operarios trabajaban allí más de un año hacia bajo la dirección de ingenieros ingleses y la custodia de dos regimientos de línea portugueses. Casi rematado en la época de la entrada de los ingleses, no lo estuvo del todo hasta algunos meses más tarde, no contando menos de ciento cincuenta y dos reductos y cerca de setecientas bocas de fuego en batería. Menester fué dar por el pie á cincuenta mil olivos que con las cepas formaban la principal vegetación de aquel suelo. Se pagó muy bien á los paisanos cuyos brazos se ocuparon en esta tala, pero muy mal á los propietarios cuyos árboles vinieron por tierra. A los ojos de los ingleses destrozó á Portugal no era nada, con tal de que se consiguiera disputárselo á los franceses, y así su protección le era más dañosa que lo fuera nuestra invasión misma; y por lo que hace á la independencia no les dejáramos tampoco menos que la que lord Wéllington les consentía.

Estas obras que acabamos de describir se hallaban á la derecha del Tajo. También á la izquierda había ejecutado algunos trabajos, bien que poco importantes, á pesar de las vivas instancias de la regencia portuguesa. Aun aquí se había revelado en su cruel simplicidad la política militar del general británico. Al desembarcar en el Océano el Tajo, se aproxima la orilla izquierda á la derecha y forma al aproximarse aquella entrada del río tan celebrada en las relaciones de los viajeros por su pintoresca perspectiva y por la muchedumbre y belleza de los palacios que tiene en torno. Desde la margen izquierda se puede bombardear á Lisboa, incendiar el templo y el palacio de Belén, el palacio de Queluz, todos los edificios de la capital y renovar así de mano de hombre los estragos del terremoto del último siglo. Mas poco ó nada despertaba la solicitud de lord Wéllington este punto tan vulnerable. Sensible era sin duda que se arrojaran bombas sobre la hermosa ciudad de Lisboa; pero, en su sentir, poco grave para la defensa del precioso promontorio de la margen derecha, desde donde podía tener en jaque el poder de Napoleón y provocar á un levantamiento general á las naciones europeas. De defender la orilla izquierda hubiera necesidad de debilitarse por extremo á la orilla derecha, y á esto no se avenía á ningún precio. Verdad es que se le propuso construir en aquella orilla izquierda, entre Aldea Gallega y Setubal, un campo atrincherado, adonde fueran atraídas todas las poblaciones del Alentejo; pero lord Wéllington las consideraba incapaces de defenderse, y en el caso, para él no dudoso, de que el campo fuera tomado, temía que resultara un trastorno moral entre los defensores de las líneas de Torres-Vedras. Además decía con mucho seso que los franceses no tenían bastantes fuerzas en Andalucía para una invasión en el Alentejo; que si se presentaban allí sería para unirse hacia Abrantes al ejército del mariscal Massena y encarnizarse en unión de éste contra los defen-